

La profesión de hombre

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL LOCAL DEL CONCEJO PROVINCIAL DE TARMA, POR EL DR. JUAN A. MACKAY, INAUGURANDO LA SERIE DE CONFERENCIAS DE EXTENSIÓN CULTURAL POPULAR QUE HA INICIADO EL ALCALDE DR. JOSE GALVEZ.

Dr. Gálvez:

Sr. Prefecto:

Señoras y señores:

Casi tres meses hará que, algo así como el héroe de la novela de Eça de Queiroz, salí precipitadamente de la Ciudad para la Sierra. Llegué a este valle de los Andes rendido en cuerpo y espíritu, mas vuestro clima hospitalario, vuestros bosques de eucaliptus, vuestros cerros verdes con un manto de primavera y sobre todo, vuestros afectos y vuestros hogares, han renovado todo mi ser. Pero, ya que me siento otro hombre debo regresar a mis labores en la Metrópoli. Ha llegado el momento de despedirme de vosotros y esto me apena. La perspectiva tan próxima de mi salida de Tarma me hace sentir una nostalgia, tal como he sentido pocas veces en mi vida. Es algo igual a la que experimentaba de niño al dejar todos los años la quinta ancestral donde solía pasar las vacaciones de verano; igual también a la que sentí al despedirme de España, la bella y querida, la que guarda hasta ahora en la sombra del Guadarrama un pedazo de mi alma. Sé que apenas llegue a las gargantas de la puna, el día de mi partida, sentiré que otro pedazo de mi alma se ha quedado en las quebradas de este valle como prenda de que, si Dios permite, regresaré a visitaros.

De ser poeta hubiera celebrado en verso mi estancia entre vosotros, así como las emociones y recuerdos que ella ha despertado. Hubiera cantado los esbeltos eucaliptus donde duermen las palomas, los cerros desbravados por los sufridos bueyes, los andenes incaicos

con sus manchones de arbustos; hubiera cantado los tipos criollos: las pastoras que tejen en el monte y sus hermanas que amblian descalzas por el valle hilando la lana mientras llevan sus cargas, los indios arrieros, los borricos pacientes y las llamas señoriles; hubiera cantado también las leyendas de antaño. Pero, no siendo yo poeta para hacer esto, agradezco la gentileza de uno que lo es, quien me ha invitado a hablaros en otra forma en el local de esta Biblioteca. (1).

Alguien ha dicho, Amiel, creo que ha sido: «cada botón no florece más que una vez y cada flor no tiene más que un minuto de perfecta belleza. Así en el huerto del alma cada sentimiento tiene su momento floreal». Esta noche me encontráis, señores, en uno de los momentos floreciales de mi vida. Es el sentimiento de la responsabilidad el que está en flor.

Nunca he apreciado tanto un honor como éste que me habéis conferido de inaugurar la serie de conferencias, que, sobre temas vitales y populares, se proyecta dar cada mes, durante los meses del presente año. Si no me equivoco el Municipio de Tarma será el primero de la República que haya patrocinado tan bella iniciativa. En vista de todo ello, no es extraño que florezca en mi alma la flor de la responsabilidad. Antes que ella marchite tengo deseo de plantar algo que perdure, y si es posible, unas flores de amaranto, inmarcesibles. Así no siendo poeta, haréme sembrador y en esta época de primavera, esparciré sobre el surco de vuestras mentes unas semillas de pensamiento. Ellas serán el mejor recuerdo que puedo dejaros. Tengo la esperanza de que luego germinen. Pero si acaso mueren, que sean entonces el abono que fertilice vuestros propios pensamientos.

La profesión universal.

Voy a hablaros, señores, del hombre y su vida y de la manera más íntima y sencilla. La frase que forma el título de las ideas que deseo exponer me fué sugerida por una línea del «Ariel» de José Enrique Rodó.

Hallándome desconsolado por no encontrar palabras que cristalizaran en nítida frase el sentido de todo lo que quería decir, abrí por mera casualidad aquella obrita maestra y ahí cayeron mis ojos sobre un renglón que, tiempo atrás, había marcado con lápiz

(1) Como la conferencia debió realizarse en el local de la Biblioteca popular «Adolfo Vienrich», el autor se expresó así; pero dada la cantidad de público hubo de darla en el propio local del Concejo Provincial.

colorado: «Hay una profesión universal que es la de hombre». Rodó había tomado estas palabras de algún escrito del joven filósofo francés, Jean Marie Guyau, para reforzar con ellas el argumento de su «Ariel», y yo las tomé al maestro uruguayo como texto de esta conferencia. «La profesión de hombre»: he aquí el tema de nuestra plática.

«El estudio propio de los hombres es el hombre».

«El estudio propio de los hombres es el hombre». (The proper study of mankind is man). Así dijo el poeta inglés Alejandro Pope y parece que la ciencia de nuestro tiempo haya consagrado como un axioma su famoso dicho. El antropólogo, el médico, el psicólogo, el sociólogo y el filósofo, todos han contribuído con lo suyo a nuestro conocimiento del ser humano. Todas las cuestiones relacionadas con el origen, constitución, vida y destino de éste se han hecho materia del más detallado estudio. Pero cuanto más se estudia esta criatura maravillosa, en todos los aspectos de su naturaleza, tantos más problemas surgen para solucionarse. El psicólogo y su primo el sociólogo, por no citar otros ejemplos, se hallan en la actualidad en los más grandes apuros. Los estudios practicados por la «Sociedad para investigaciones psíquicas» (The Society for Psychical Research) junto con los datos suministrados por los espiritistas profesionales, han trasportado a aquél, extasiado, al borde de un mundo de hadas, en tanto que éste ha quedado casi anonadado por los últimos trastornos sociales.

¿Quién es el hombre?

Pero hay un problema más importante que aquél de los fenómenos psíquicos y un problema anterior a aquél de la vida de la sociedad: es el problema de la vida personal del hombre, la cual es a un mismo tiempo la expresión resultante de los fenómenos psíquicos y la clave del agitado problema sociológico. Es el problema fundamental de cuantos pueden preocupar el pensamiento humano. Lo han tratado, al través de los siglos, los grandes poetas, filósofos y profetas de la humanidad, mas todavía no está agotado el tema. ¿Cuáles son las características de un verdadero tipo de hombre y cuál el carácter de la vida que él debe llevar? En otras palabras, ¿qué constituye un verdadero profesional humano y cuándo puede

decirse que ejerce bien su profesión? He aquí, señores, el problema de los siglos, a cuyo estudio nos hemos de dedicar ahora. Al pretender guiar, y si es posible, cristalizar vuestros pensamientos sobre esta materia, no hablaré, ni como poeta, ni como filósofo, ni como profeta, sino, como uno dice en inglés: «a plain man» «un hombre corriente», obsesionado desde su mocedad con los problemas de la vida.

Hombres de antaño y hogaño.

He dicho que la cuestión de la «Profesión de hombre» es el problema de los siglos, y a la verdad, los conceptos del hombre y la vida ideales son tan múltiples y diversos como las épocas históricas y las escuelas del pensamiento. Cada nueva revolución social y la aparición de cada nueva escuela filosófica han popularizado un nuevo tipo de hombre, señalandolo, al mismo tiempo, nuevos rumbos para el ejercicio de la profesión humana. De hacer un tratado completo sobre este tema sería necesario discutir todos los conceptos principales que se han tenido respecto del hombre y su vida. Habría que examinar en tal caso, al hombre místico de la India, al hombre preconizado en los tiempos judaicos, al rey-filósofo de Platón, a los tipos estoicos y epicúreos de la Decadencia griega, al caballero andante de la Edad Media, los distintos ideales de hombre que han nacido en el seno del cristianismo, tales como, por ejemplo: el fraile y el puritano. Habría que estudiar además al hombre romántico, a los tipos aristocráticos y burgueses de la Historia Moderna y por último al novísimo fenómeno social, el hombre bolshévique. Sería muy interesante, indudablemente, analizar a todos estos tipos para ver hasta dónde cada uno de ellos realizara en su vida la verdadera finalidad de la criatura humana. Mas, dados los límites de nuestro tiempo, así como el carácter de conferencia del presente estudio, prefiero dedicarme, no a una labor crítica, sino a establecer de un modo positivo, los principios fundamentales que determinan el digno ejercicio de la profesión de hombre, para esbozar luego los distintos aspectos de una vida completa. Hay, sin embargo, una teoría del hombre que, tanto por su atrayente idealismo y el prestigio de su autor, como porque la consideración de ella formará un excelente punto de partida para el desarrollo de nuestro propio concepto, quisiera examinarla con alguna atención. Me refiero a la teoría de Ernesto Renán.

«Un cuadro abreviad de la especie».

Según el concepto de Renán uno ejerce bien la profesión de hombre, siendo «un cuadro abreviado de la especie». Esto quiere decir que el hombre ideal es el que revela en miniatura todas las cualidades humanas. Tal concepto es un reflejo del pensamiento de Platón, quien concibió al hombre como un microcosmo de la sociedad en que vivía. Para Platón la excelencia moral consistía en mantener el equilibrio entre los distintos elementos del alma, y en desarrollar hasta el más alto grado la facultad de la razón, mediante una serie de ejercicios dialécticos. El resultado de semejante disciplina fué el filósofo, quien por ser el único que verdaderamente entendía las cosas, ya que las contemplaba a la luz de la idea del Sumo Bien, era el único llamado a gobernar el estado. De allí el famoso dicho platónico que «los filósofos deben ser los reyes», pues ellos eran un compendio de todas las virtudes. Este concepto de Platón tiene el alto mérito de no ser puramente intelectualista, como era él de Aristóteles, otro pensador griego, para quien el hombre ideal era el hombre contemplativo. Para Platón, en cambio, el hombre debe hacer más que pensar, debe actuar, poniéndose en contacto vivo y práctico con la sociedad que le rodea. Pero esta teoría, tan atractiva por su idealismo, adolece de los siguientes muy graves defectos. Limita toda idealidad humana a un número contadísimo de personas o sea, a las en cuya constitución Dios había puesto oro. Solamente ellas podrían aprender la dialéctica y vislumbrar el Bien. Todas las demás personas, las que no tenían en su constitución sino plata, cobre o un metal inferior, estaban fatalmente predestinados a no ver más en la vida que las sombras de las cosas o para usar un lenguaje platónico, «las sombras de las sombras». Mas no sólo eso: la referida teoría era posible de realizarse sólo en un tipo de sociedad como la griega donde la vida social estaba estática y completa en sí misma, donde la gran masa del pueblo no gozaba de derechos de ciudadanía, donde la misma existencia del estado dependía del trabajo de esclavos.

El hombre estético.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la teoría de Renán? Ahora lo veremos. Renán era un heleno moderno. Aceptó el mundo en que nació, ni quiso cambiarlo; mas para sí mismo construyóse un mundo aparte a la ateniense, un mundo que embelleció con todos los monumentos del genio humano, y pobló con seres que reunie-

ran las cualidades que él mismo, a la moda griega, había fijado de antemano como las verdaderamente humanas. De manera que, cuando Renán dice que el hombre ideal debe ser «un cuadro abreviado de la especie», no es difícil ver que «la especie» que tal tipo refleja no es la «especie humana», sino la «especie estética» cuyos miembros han sido cuidadosamente seleccionados según el criterio del «buen gusto». Un examen de los escritos de Renán demuestra que éste excluía deliberadamente de su concepto de la idealidad humana, muchas virtudes que nosotros tenemos por las más heroicas y sagradas. Tales son las virtudes propias del reformador, del profeta, del misionero, del humanitario, del cristiano sencillo. El hombre preconizado por Renán será más espectador que actor en el mundo. Nada le importarán las angustias de esa vida crepuscular de París de la cual Víctor Hugo, contemporáneo de Renán, descubre el velo en «Los Miserables». Adoptando como lema aquel famoso dicho del filósofo alemán, que «lo racional es lo real», y que, por consiguiente, lo irracional no es real, este héroe de Renán pasará la vida en medio de «lo racional», «lo armonioso», siendo su único interés en el mundo llamado «irracional», es decir, el mundo de las injusticias y dolores humanos, el interés del puro curioso. En un ensayo intitulado «El porvenir religioso», Renán dice, hablando desde el punto de vista de uno para quien el mundo no es sino un objeto de estudio, que aunque «uno quisiera reformarlo, quizá lo encontraría tan curioso que no tendría valor para ello». Frente al problema de las razas indígenas dice en el mismo ensayo: «Dejad a estos últimos hijos de la naturaleza reclinarse sobre el seno de su madre, no interrumpáis sus juegos infantiles, sus danzas a la luz de la luna, su dulce intoxicación de una hora». De aquí que Renán no miraba al mundo bárbaro sino al través de dorados lentes de poesía y que no se daba cuenta de su tragedia ni del noble papel llenado por el misionero, quien ha sido, en el último siglo, el precursor de la civilización en todas las playas de la tierra. Son pocos los que creen como Renán que existan razas incivilizables y que las virtudes propias de un Francisco Javier y un Allan Gardiner que dió su vida por los aborígenes de la Tierra del Fuego no quepan en un «cuadro abreviado de la especie».

Helenos contemporáneos.

Pero, desgraciadamente, no faltan en nuestro mundo contemporáneo los que miran la vida con ojos de griegos, interesándose tan sólo en lo racional y hermoso, quedando completamente apáticos ante el espectáculo de lo irracional y lo feo. Ellos se creen seres superiores, la crema y nata de la humanidad. Viven para gozar de sensaciones estéticas y, como los atenienses de antaño, no se ocupan en otra cosa sino en «decir u oír alguna cosa nueva». Para ellos nada debe ser exagerado; todo debe tener su medida. La realidad actual de las cosas los aburre y el único contacto que establecen con ella es cuando suben a su balcón para contemplar, con cínica sonrisa, a la muchedumbre que lucha y muere. Cuéntase que cuando Dante pasaba por las calles de Florencia, su frente arrugada por el pensamiento, los chiquillos florentinos decían: «He allí el hombre que ha estado en el infierno». En las arrugas de aquella cara reflejábanse los problemas y dolores de toda una época, pues Dante pensó la vida de su tiempo. Pero nuestros helenos pasan la vida en un mundo artificial, dorado de imitaciones y resonante de voces que han perdido su sentido. No tienen ellos arrugas en la frente, pues la tienen tan plácida como las estatuas de Fidias. No han estado nunca en el infierno, ni siquiera se han asomado por el borde de él. No saben lo que es vivir encarándose a la realidad, ni quieren saberlo. Por consiguiente, no son hombres sino muñecos y, aunque a la griega cada uno de ellos sea «un cuadro abreviado de la especie», la posteridad los relegará a todos al olvido y la vergüenza merecidos.

Las cualidades ideales no hacen un hombre ideal.

Pero, parece que oyerá una crítica de lo dicho. Suponiendo que la palabra «especie» se tomara como refiriéndose verdaderamente a toda la especie humana, ¿no sería entonces el concepto de Renán una definición perfecta de lo que debe ser un hombre? Tampoco. En nuestro concepto un hombre podría muy bien lograr el desarrollo armonioso de todas sus facultades bajo el imperio de la razón, ser un foco luminoso de toda la cultura humana, recapitular en su propia persona todas las virtudes de todos sus antecesores desde Adán, en una palabra, corresponder perfectísimamente al ideal de Renán de ser «un cuadro abreviado de la especie», y, con todo, ser un pobre inepto para la vida de su propio tiempo y tan estéril como una mula para influir en la vida del futuro. O por decirlo de otro

modo, el que uno sea un fiel reflejo de todos los elementos ideales de la naturaleza humana, no implica que sea un hombre ideal, un verdadero profesional humano. Es imposible prescindir de un criterio pragmático, al fijar los valores humanos. El único caso en que el referido concepto del hombre ideal fuera el verdadero sería que el mundo fuese un gran estadio atlético y la vida nada más que la recorrida de una pista cerrada donde las distancias estuvieran todas medidas y marcadas. Entonces el tipo ideal de hombre no variaría mucho de siglo en siglo, ni tampoco el entrenamiento necesario para alcanzar la victoria en la carrera humana. El atleta vestiría siempre los colores de su país o su tiempo, mas, fuera de eso, bastaría para llevar la palma, que uno reuniera las condiciones tradicionales de esta especie de atletismo. Pero la pista de la vida no pasa siempre por lugares conocidos, antes atraviesa muchas veces, y en unas épocas más que en otras, llanos y montañas jamás pisados y mares donde nunca ha surcado una quilla exploradora.

El hombre es para su época.

La verdad es que cada trecho del largo trayecto de la historia presenta condiciones especiales. Cada época histórica ha tenido sus propios problemas, para la solución de los cuales no han bastado hombres que fuesen tipos acabados de la humanidad genérica; ha habido menester siempre hombres hechos a propósito para las necesidades de su tiempo. Siempre que ellos han faltado la civilización de la época respectiva ha decaído. Un marinero que haya pasado su vida surcando mares tropicales, iría, en caso de ser mandado, con una expedición al polo norte, por no faltar a su deber, pero es más que seguro que en medio de las insólitas condiciones de la zona frígida sus servicios serían de muy poca utilidad. Igual cosa sucediría al tratar de resolver los problemas espirituales de nuestra época utilizando por ejemplo, los servicios del tipo monástico de la Edad Media. Como dice Víctor Hugo en la obra ya citada: «El sistema monástico, por útil que sea en la aurora de la civilización, para efectuar la dominación de la brutalidad por el desarrollo de lo espiritual, es injurioso al llegar las naciones a su madurez. Las grandes comunidades monásticas son a la gran comunidad social lo que la hiedra al roble, lo que la verruga al cuerpo humano». Es decir, el monje no es el hombre a propósito para nuestro mundo de hoy.

En busca del hombre dinámico.

Ahora bien; volvamos a nuestro problema, al punto donde lo dejamos para examinar la teoría de Renán. ¿Quién es el verdadero profesional humano y cómo se le conoce? El gran error de Renán como el de muchos otros pensadores idealistas, está en tratar de determinar lo que el hombre debe ser por el estudio de lo que hombre es. Lo más que tal método puede dar es un ideal estético y no un ideal dinámico. El verdadero método para aplicarse a la solución del problema planteado es el de estudiar primero lo que es el mundo en que el hombre es llamado a desempeñar su papel. Es el mismo método que se aplicaría a la cuestión del médico ideal. Ese no es un individuo que reúna un número de cualidades o conocimientos abstractos sino el que posee aquellas cualidades y conocimientos que le habilitan para combatir las enfermedades propias de su país y su tiempo. De la misma manera el verdadero profesional humano es aquél que posee las cualidades que exijan la vida en general y su época y país en particular. Estudiando los aspectos universales de la vida llegaremos a saber lo que debe ser un hombre en todo tiempo; estudiando las características de nuestra época y nuestro país podremos dibujar los vivos perfiles de un hombre hecho para los años que corren.

Aspectos de la vida y rasgos de un hombre.

Echemos entonces una ojeada a la vida para ver si podemos precisar sus aspectos principales. En nuestro concepto ellos son tres, a saber: el principio *del mal*, el principio de la *finalidad* y el principio de la *adaptación*.

La vida del mundo está muy lejos de lo que debe ser. Esto nadie lo niega. Existen así en el hombre como en la sociedad elementos perniciosos que impiden que se constituya en este orbe una sociedad ideal. No es necesario especificar lo que son dichos elementos, pues estoy convencido de que ningún hombre moral y sincero que viva en un país alumbrado por la luz del cristianismo pueda menos de ver con claridad cuales son los males que aquejan la vida. La verdadera dificultad no está en señalar el mal sino en tomarlo en serio y luego corregirlo. Ya hemos visto, por ejemplo, al tipo que encuentra el mundo tan interesante que no quiere reformarlo, deshaciéndolo de sus males. Otros hay que opinan que el mal tiene una realidad puramente negativa, o que es tan necesario como el bien,

o aun que es el bien mismo, debiéndose su extraño aspecto tan sólo a la estrechez de nuestra visión. Rechazo con toda la fuerza de mi alma ese monismo que piensa todo en términos de la identidad y pretende ver en el Diabolo tan sólo otro hombre por Dios. Acepto, al mismo tiempo, la doctrina del valor disciplinario del mal, en el espíritu del antiguo aforismo latino que dice: «Es necesario que haya herejes» (*Oportet haereses esse*). Pero si, mirando las cosas como nos dice Espinoza, «bajo la forma de la eternidad» (*sub specie aeternitatis*) convenimos en que el mal sirve para formar el carácter del hombre, hay que convenir también en que el que, en vez de luchar contra el mal, lo abraza o se ríe de él, carece por completo de verdadero carácter humano, ya que el carácter se forma por la lucha. Si bien el mal existe es para desafiarnos, y nosotros debemos entablarle una lucha sin tregua, implacable. Y tampoco se debe luchar por luchar, como si uno hiciera cualquier ejercicio físico. Se lucha para vencer y acabar con el mal. En este caso no cabe lo que dice el maestro Unamuno que: «la lucha vale más que la victoria». Aquí la victoria vale más que la lucha y es la verdadera finalidad de ella. Ya conocemos entonces el primer elemento del carácter de un verdadero profesional humano: *él luchará contra el mal dondequiera y en cualquier forma que lo encuentre.*

El segundo principio es el de la *finalidad*. La constitución del mundo y la marcha de la historia no son el resultado de ninguna combinación azarosa de átomos. La ley suprema del Universo es la ley de la *teleología*, la que significa que todo va encaminado hacia un fin determinado, el cual es la verdadera causa y explicación de todo lo que existe. Como ha dicho el poeta Tennyson: «Sé que corre por los siglos un propósito creciente». Obligados a pensar en términos de la categoría más alta que conocemos, o sea la de la personalidad, no podemos sino sostener que el «propósito creciente» de que habla Tennyson es el propósito de una Voluntad soberana la que descubre, con creciente claridad, a cada generación sucesiva la meta de la historia. ¿Cuál es esta meta? Nada menos que el establecimiento del Reino de Dios en la tierra, el cumplimiento de aquella petición del Maestro: «Venga tu Reino, sea hecha tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra». La utopía soñada por profetas, poetas y filósofos, por cuya venida debían luchar cuerpo a cuerpo todo buen cristiano y todo reformador social digno del nombre, regocijará algún día los ojos de la humanidad. En aquel día la injusticia y la ignorancia dejarán de ser y los hombres todos estarán reunidos alrededor de los pies de Dios.

Siendo el Reino de Dios la verdadera meta de la historia es evidente que los que quieran que su obra terrestre perdure y valga

para algo, deberían identificarse con la gran causa de conseguir el advenimiento de la «Ciudad Santa». Yo conozco a hombres de muchísimo talento que van por la vida a tientas y a tropezones, simplemente por no poseer un alto ideal con que se hayan identificado. Hállanse siempre indecisos al margen de las grandes corrientes de la vida, ya sea por «intereses creados» en la playa, ya sea por temor de hacerse ridículos a los ojos del público, nunca aléjanse de la orilla. Entre tanto las aguas de Dios pasan, las aguas renovadoras, llevando sobre su seno a nuevos horizontes y nobles tareas a todos los hombres que se han fiado de ellas. Y los demás ellos juegan a la vida sobre la playa, mueren, y son olvidados. De aquí resulta un segundo rasgo del carácter de un hombre verdadero: *él consagrará su vida a una causa noble relacionada con el Reino de Dios.*

El tercer principio de la vida es el de la *adaptación*. Para poder subsistir todos los seres vivos tienen que adaptarse a su medio. Tratándose de la vida humana hay dos maneras muy distintas en que un hombre puede cumplir este principio. Puede adaptarse a su medio de tal manera que llegue a ser su *esclavo*, o puede hacerlo de tal manera que resulte su *maestro*. Hay personas, por ejemplo, que se adaptan tan perfectamente al ambiente en que viven, aceptando todo lo que tiene, sea bueno o sea malo, que pierden su propia individualidad, llegando a ser meras figurillas de tipo genérico, sin fisonomía moral distintiva. Esclavas de la rutina, ellas escogen siempre la línea de menor resistencia y rechazan resueltamente todo cuanto no cuadre con sus modelos tradicionales de hacer y pensar. Toda adaptación de esa naturaleza es nociva para los mejores intereses de la sociedad, ya que tiende a crear un estado social estático y aun podrido.

La verdadera adaptación consiste en buscarse puntos de contacto con la sociedad actual con el fin de poder transformarla, acercándola un poco más a la visión que uno tenga de la Ciudad de Dios. Así se adapta el maestro al mundo del niño, el humanitario a la vida del proletariado en los barrios bajos de una gran metrópoli, el misionero que vive la vida de una tribu aborigen. Así adaptóse el Dios-Hombre a la vida del tiempo. Es una adaptación que generalmente requiere sacrificio. He dicho anteriormente que un hombre debe ser el verdadero hijo de su país y de su tiempo. En tal caso, si va a adaptarse a la vida de uno y otro, del modo preconizado, con el propósito de llevar adelante la obra de la civilización, tendrá que sacrificarse en algún sentido. No podrá ser egoísta. Puede ser que encuentre otros países más geniales que el suyo por su mayor cultura y sus medios más fáciles de vida, mas él no abandonará

su tierra natal mientras su vida nacional no esté bien consolidada, a no ser que vaya al extranjero con el objeto de aprender o traer algo que sea útil para la Madre Patria. Aun cuando quisiera llevar una vida sosegada y apartada del mundo no dejará de responder al llamamiento de la patria en los hondos momentos de crisis política, social o religiosa. Negándose a si mismo llevará la cruz de la patria. Pondrá los intereses de ella antes de los suyos. En las nobles palabras de Wordsworth, «escojerá para su cetro el abrojo del deber, mientras coronan su frente las rosas de la juventud». De esta manera salvará a su país de la ruina, y a si mismo de la vergüenza y olvido. He aquí el tercer rasgo del hombre verdadero: *él revelará un espíritu sacrificial.*

Nuestra época y sus verdaderos hijos.

Ahora bien; dejando de mirar la vida en general, fijemos la atención sobre *nuestra época.*

La época actual está caracterizada por dos notas principales las que determinan el tipo de hombre a propósito para ella. Estas son *su importancia y su tragedia.*

Indudablemente que vivimos en los momentos más *críticos* desde la fundación del cristianismo. La civilización ha llegado a las encrucijadas. Ella también tiene su Isla del Gallo. Una espada invisible traza una raya sobre la arena del tiempo y una voz fatídica, la del Destino, se deja oír: «Por acá se va al Reino de Dios a ser felices; por acá se va al caos a ser perdidos: que escoja el que sea buen humano». En la época de la Revolución francesa, el poeta Wordsworth, entusiasmado por las nuevas doctrinas de la igualdad del hombre, escribió: «Era felicidad vivir en aquella aurora, pero el ser joven era el mismo cielo». Y nosotros, a pesar de las sombras arrojadas por el bolsheviquismo, el fracaso temido de la Liga de las Naciones, los nubarrones que se están cargando en el mundo asiático, tenemos por qué felicitarnos por la suerte de vivir en la época actual. Por lo mismo que el momento es solemne y los destinos de la humanidad se hallan en la balanza, es posible que un hombre haga valer su vida hoy día de una manera nunca pensada por sus abuelos. Si bien pensamos con Carlyle que el héroe es la principal fuerza motriz en el movimiento histórico, hay que convenir también en que el héroe no es sino el producto de su tiempo. Viviendo en una época notable e identificándose con una causa noble, aun los hombres mediocres llegan a ser héroes.

Los verdaderos servidores de su generación serán *hombres de visión*, de tanta visión; pero de cosas más sublimes, como la que tenían los hombres que siguieron a Pizarro de la Isla del Gallo. Como dice Ruskin en uno de sus libros «la cosa más grande que uno puede hacer es de ver algo y decirlo». Los que vislumbran una verdad importante relacionada con la reconstrucción, anunciándola a sus compañeros y encarnándola en su vida, ellos serán verdaderos profesionales humanos en el mundo de hoy.

Pero si nuestra época es más importante que otras es tanto más *trágica*. En el pasado el mundo era mucho más estático; el movimiento de la civilización era más lento; las colectividades estaban más dominadas por la *costumbre*; las normas de conducta eran más estables. Mas en el presente para bien o para mal, todo está en flujo vertiginoso. Hemos asistido a la disolución de antiguas dinastías y ahora siéntense crujir debajo de nuestros pies los mismos cimientos de la civilización. Políticamente vivimos sobre el cráter sulfúrico de un volcán, mientras que moralmente vémonos al garete, envueltos en una neblina que nos oculta el sol y la playa. Ya no es tan fácil que un joven diga: «Voy a ocupar tal o cual puesto» o «esto o aquello es lo que yo creo». No es nada raro que uno sufra los más grandes desengaños en la persecución de sus ambiciones, y que se vea obligado a romper con las costumbres, las ideas y hasta la religión de su padres, por no hallar en ellas toda la verdad y la paz que su alma anhela. Sirviéndonos del título de un libro por un poeta amigo, diríamos que la nuestra es la edad del «dolor pensativo». El hombre de hoy ha de pensar como nunca han pensado sus antepasados, o como diría Unamuno, ha de pensar con la cabeza, el corazón y las entrañas. La falta de letreros en los caminos de la vida y aun la falta de caminos mismos hace indispensable que el viajero piense, que pregunte, que se valga de una brújula.

¡Cuántas almas se encuentran hoy completamente desorientadas, postradas en el fondo del abismo, envueltas por la «noche oscura»! Buscan la luz sobre el problema moral, sobre el misterio de la vida y no la encuentran. Son hombres sinceros y no abandonan la busca. El agnosticismo no satisface sus espíritus ardientes. Necesitan una base firme para su fé y su acción. ¿Hay esperanza? ¿Hay algo inmutable en medio del flujo? Escuchad. «Dios da canciones en la noche», dijo el profeta Amós. Voy a enseñaros uno de esos cánticos nocturnos. Una alma estaba extraviada por los andurriales de la vida. No viendo punto de luz por todo el horizonte, dejó caer los ojos al suelo. Pero aunque el caminante no mira al cielo, el cielo lo mira», y le enseña un cántico. El cántico dice así:

«Es mejor ser generoso que egoísta, mejor ser casto que licencioso, mejor ser leal que falso, mejor ser valiente que cobarde». A la música de ese cántico la referida alma, sintiendo que algo de inmutable había en las cosas mundanas, levantó los ojos y miró al cielo para ver ahí la primera estrella que bendijera su visión desde que perdió el camino. Aquella estrella resultó ser el lucero del alba y aparejóse el caminante para salir del abismo, lo que hizo cantando:

Guiando tú la noche es esplendente,
Y cruzaré
El valle, el monte, el risco y el torrente
Con firme pié;
Hasta que empiece el día a despuntar,
Y entre al abrigo de mi dulce hogar.

No hay nadie que pueda ejercer la profesión de hombre en nuestra época como aquél que ha sentido en su alma la sensación de la desesperanza, y que ha luchado hacia la luz. El y él sólo podrá ser un «leader», porque sabe lo que cree y por que lo cree. Los únicos que valdrán para una época trágica y desorientada como la nuestra serán *hombres de convicción*.

Las «fraguas subterráneas» de la América.

Pero ya estamos llevados sobre la corriente del pensamiento a contemplar nuestra América, para inquirir luego el carácter de los hombres que ella reclame.

He dicho «nuestra América», porque, con ser aquella tierra céltica, la antigua Caledonia, mi madre inolvidable, las tierras colombianas ya me tienen de hijo adoptado. No hablaré de la América entera, sino de los países andinos. Permitidme leer al respecto unos renglones entresacados de la «Epopéya de Artigas» de José Zorrilla de San Martín. «Esta región», dice Zorrilla, refiriéndose a los países andinos, «está en constante ignición; es un rosario de cráteres en actividad, como no hay otro en el planeta. Los cíclopes trabajan aún en esas fraguas subterráneas y quitan más de una vez el sueño a los hombres de la costra terrestre, con sus fuelles endiablados y sus estentóreos martillazos; es un mundo en construcción».

El autor de «La Epopeya» ha querido describir las condiciones físicas de la costa occidental del continente, pero ¿quién dirá

que la descripción no sea un símbolo de la condición social y política de dicha región? La alusión a los «cíclopes», que con sus «fuelles endiablados» y sus «estentóreos martillazos quitan más de una vez el sueño», hace recordar lo que se ha dicho de estos países por otro escritor, a saber: «que sus productos principales son minerales y revoluciones». Sea esto lo que fuere, ello es, que el Perú y los países vecinos son países que en un sentido especial, están en formación. Gracias a las «fraguas subterráneas» y la «perpetua ignición» que ellas mantienen, la estructura social de estos países es más maleable que la de otros países viejos. ¿Quién sabe que entre nosotros no haya cosa fija sino la forma republicana de gobierno? Por el momento los cráteres no humean, mas parece como si viera a nuestros oídos un lejano son, como de las palas infernales de fogoneros ciclópeos, los que calientan apresurados sus fraguas subterráneas. Parece difícil que se aplace por mucho tiempo la crisis social, moral y religiosa que ya ha sacudido tantos países del orbe.

Hombres impresionistas y estructurales.

Eugenio D'Ors, el gran escritor catalán hace la distinción en una de sus célebres glosas, entre los hombres *estructurales* y los hombres *impresionistas*. Perdonádmelo, señores, si digo que el Perú ha tenido *ad nauseam* al tipo de hombre impresionista. Si fuese el tipo de impresionista que reprodujera en palabras o sobre el lienzo los nobles contornos de los paisajes peruanos o bien las tristezas o aspiraciones del pueblo, aplaudiríamos su patriótica labor; pero desgraciadamente este tipo poco abunda, en tanto que el otro, el impresionista maldiciente, florece tanto como la hierba venenosa. Nada hay que dé más asco que el oír a un hombre maldecir a su país, empero nada más común en el Perú y en España. En España la costumbre es tradicional casi. Fígaro la satirizó brillantemente en su famoso artículo, «Cosas de este país». Y en el Perú, ¿qué extranjero no oye casi todos los días de su vida, «yo soy peruano, pero pienso como extranjero» o «soy peruano, pero no puedo con la vida de acá» y así por el estilo. ¡Basta! ¡Basta! ¿Nunca habéis oído, traidores, las palabras?

¿Respira un hombre de alma tan muerta
que a sí mismo nunca se haya dicho:
Esta es mi Patria, la Patria mía?

La madre Patria no quiere que se le maldiga, quiere que sus hijos sean hombres *estructurales* y que se consagren a construir sobre el solar incaico algo digno de antaño. No conozco palabras que traduzcan tan fielmente los sentimientos de los verdaderos estructurales como aquéllas de Guillermo Blake, en que, refiriéndose a Inglaterra, dice:

No cesaré de la lucha mental,
Ni dormiré la espada en mi mano,
Hasta que hayamos construido Jerusalen
En esta verde y placentera tierra de Albión.

Sé que estáis cansados, sin embargo, no puedo dejar el tema, sin haber aplicado los principios ya descubiertos a la vida concreta y cotidiana. Si bien conocemos ya las *cualidades* que debe poseer un buen profesional humano, falta saber como dichas cualidades se expresen en los distintos aspectos de su vida.

Todo hombre está llamado a actuar en tres esferas, a saber: la esfera de *la naturaleza*, la esfera de *las ideas* y la esfera *trascendental o de Dios*. Deseo considerar, y en los términos más breves, cómo debe ser la actuación del hombre en cada una de ellas. Por supuesto, el tiempo de que dispongo no me permitirá sino sugereir tópicos de pensamiento, los que vosotros luego podréis desarrollar con calma.

*El hombre en el mundo de la Naturaleza:
obrero y ciudadano.*

Por la *naturaleza* quiero decir no solamente el campo y la vida del campo sino todo el mundo exterior al hombre. No podemos admitir la distinción implicada en el refrán familiar: «Dios hizo el campo y el hombre la ciudad». De ningún modo; la ciudad y el estado y todas las instituciones de una y otro, a la medida que expresen aspectos necesarios del espíritu humano, son partes íntegras de la naturaleza, y tanto la obra de Dios como los bosques y montañas. Todo lo verdaderamente humano es *natural* en este sentido. Frente a la Naturaleza el hombre tiene que desempeñar un doble papel, el papel de *obrero* y el papel de *ciudadano*.

Todo hombre debe ser un *obrero*, un artesano de alguna especie. Verdad que no fuera malo que todos supieran trabajar con las manos. Todos los jóvenes judíos de los tiempos antiguos eran obligados a aprender algún oficio manual, además de su vocación. No

importaba nada que sus padres fueran hombres aristocráticos y acaudalados. ¿Existe en la mente de alguno la idea que el trabajo manual no sea honorable, que no sea trabajo para un caballero? El que piense así está perdido. Hay una línea de Hesiod que dice, refiriéndose a los tiempos primitivos de la Grecia: «El trabajo no era vergüenza para nadie». Según Plutarco, el gran legislador Solón había comerciado en su juventud, mientras que Platón costeó los gastos de un viaje a Egipto, vendiendo aceite. Es el espíritu idéntico al que inspira a muchísimos estudiantes europeos y norteamericanos los que costean su educación haciendo hasta trabajos serviles. Pero también hay trabajos intelectuales y artísticos. El que medita, trabaja, así como el que proyecta una idea sobre el lienzo. Lo importante es que todos los hombres, ya sean aristócratas o plebeyos, ya sean ricos o pobres, no sean ociosos o parásitos, sino que produzcan algo que aproveche la colectividad.

El segundo papel que el hombre está llamado a desempeñar en la esfera de la naturaleza es el de *ciudadano*. Todo hombre verdadero debe amar a su Patria con un amor *sentimental* y un amor *cívico*. Debe amar con entusiasmo y orgullo el terruño donde nació y el país que le ha hecho lo que es. Nunca dejaré de predicar el amor al suelo natal y a todo lo que tiene. El país que no se interesa por su historia y sus antigüedades, haciéndolas materia de canciones, carece todavía de verdadera nacionalidad. Así también la provincia y el pueblo que no conozcan su historia y sus leyendas y para los cuales sus ríos, sus bosques y sus montañas no tengan ningún recuerdo, ni despierten ninguna emoción, no tienen individualidad propia. Hay un refrán que dice: «Dejadme a mí hacer las canciones de un pueblo y que haga quienquiera sus leyes». Y en verdad son las canciones y no las leyes las que son el factor poderoso en lograr la grandeza de un país, y aquellas canciones sólo pueden nacer cuando una brisa de amor sentimental sople por todos los confines de la Patria.

El amor *cívico* nace del amor sentimental y consiste en una identificación absoluta del ciudadano con la vida de la Patria. En otra ocasión quisiera hablar, de modo más extenso, sobre el verdadero civismo, pero, por lo pronto, los límites de mi tiempo, no permiten que haga más que señalar las características de un buen ciudadano. Este nunca se quedará más tiempo fuera de su patria que lo necesario para el bien de ella, cultivará un espíritu receptivo pero independiente, respetuoso pero reformador, serio pero optimista.

Probablemente el sentimiento que más oprime a un buen patriota en un país, como el nuestro, es el de la inutilidad aparente de todo esfuerzo, por bien intencionado que sea. Hay tantas fuerzas contrarias que parecen anular toda buena iniciativa. Sobre la lá-

pida que marca la tumba de Jean Marie Guyau, autor del título de esta conferencia, están esculpidas las siguientes palabras: «Nuestros esfuerzos más nobles parecen ser precisamente los más inútiles, pero ellos son como olas que, pudiendo llegar a nosotros, pueden llegar más allá también. Estoy convencido que mi posesión más grande me sobrevivirá a mí. No sólo eso, quizá ni uno de mis ensueños debe considerarse perdido. Otros los recogerán aunque no sean para mí sino fantasmas de la noche, hasta que algún día lleguen a su perfección completa. Debido a las olas que continuamente mueren en su seno, el mar tiene poder para labrarse la playa y el inmenso fondo del océano donde se mueve». Ningún esfuerzo sincero es del todo en vano, señores, como dijo también el Maestro: «Uno siembra y otro cosecha». No cabe nunca el desaliento ni el pesimismo. El mundo no conoce sus más grandes benefactores. Inglaterra y Francia instituyeron el año pasado el culto del «guerrero desconocido», símbolo de la muchedumbre incógnita que dió la vida por la Patria y cuyas hazañas nadie ha cantado. Lo único que debe importar a un hombre es vivir una vida digna de sus ideales, cumpliendo su deber sin pensar en galardones.

*El hombre en el mundo de las ideas:
educador y lector.*

Pasemos a considerar por breves instantes al hombre en el mundo de las ideas. El culto de la naturaleza lo llamamos *patriotismo*, el culto de las ideas, lo llamamos *cultura*. Habiendo hablado ya, al tratar la teoría de Renán, de una cultura divorciada por completo de la realidad palpitante de la vida, no necesito repetir. No haré sino hablar someramente de los dos grandes medios por los cuales uno llega a tener ciudadanía en el mundo de las ideas. Ellos son: la educación y los libros. La educación suministra instrumentos de trabajo, los libros son el suelo que se cultiva. En el mundo de las ideas los hombres son educadores y lectores.

El verdadero educador tendrá cuidado de tres cosas en particular, que son: plantar ideas, desarrollar mentes y descubrir almas. Que la verdadera educación consiste en el doble proceso de proveer al niño materia para su mente y de ayudarle a expresar su verdadero ser, nadie lo niega. Pero un educador debe hacer algo más, debe estar siempre en busca de almas, de talentos que luego puedan rendir servicio a la patria y a la humanidad. Ahora me explicaré. Cuéntase del famoso químico inglés Sir Humphrey Davy, que cuando

fué preguntado cuál era su descubrimiento más grande, contestó: «Mi descubrimiento más grande ha sido Miguel Faraday». Este Miguel Faraday era un pobre niño a quien Davy dió trabajo en su laboratorio. Los ojos prácticos del gran químico no tardaron en descubrir el talento incipiente de su joven ayudante, talento que se dedicó a cultivar por todos los medios, hasta que el joven Faraday llegó a ser un científico aun más distinguido que su maestro. Esto, señores, no es sino una parábola. Recordaréis que Mijico descubrió a un indio, Juárez, que llegó a ser uno de los más grandes hombres de la historia mejicana. El Perú tiene como tres millones de indios desconocidos. No dudo que, una vez descubiertas sus almas, se hallará que hay un Faraday y un Juárez entre ellos.

Tomás Carlyle, el gran pensador escocés, dijo una vez: «La verdadera universidad de hoy, es una colección de libros». Yo felicito al Municipio de Tarma por poseer una Biblioteca popular como ésta, que aun Lima misma no tiene hasta hoy. Espero que los libros que llenan esos estantes sean los mejores compañeros de los lectores que concurran a este salón, después de las labores del día. Cultivad la amistad de los libros y para que podáis hacerlo con más acierto, voy a dar las tres reglas prácticas que para la lectura solía dar Emerson: «Primera; nunca leáis un libro que no tenga un año de edad. Segunda; nunca leáis sino libros famosos. Tercera; nunca leáis sino libros que os agraden». Pero, nunca, nunca leáis un libro cuya lectura deje una mancha en vuestras almas. Nunca leáis un libro que pueda segerir a vuestra mente la pregunta del joven que aparece en una de las comedias de Terencio: «Si Júpiter lo hizo, por qué no yo?» Y permitidme además, expresar la esperanza, que nunca falte de los estantes de esta Biblioteca uno o más ejemplares de la Sagrada Escritura. Es un triste hecho que este Libro, que popularmente se llama la Biblia, sea entre los libros lo que Artigas era por algún tiempo entre los hombres, «el gran calumniado de la América». Pero ya Artigas está reivindicado, y tengo la confianza que no esté lejano el día cuando este Libro, cuya lectura ha sido la fuente de luz y civilización en tantos países, estará reivindicado en todas las bibliotecas y hogares de la América latina, como ya hace siglos en la sajona.

El hombre en el mundo trascendental.

Por fin llegamos al aspecto último de nuestro tema, el hombre en *el mundo trascendental o de Dios*. No puedo concebir que uno alcance el más alto grado de la profesión humana sin que tenga sentimientos religiosos. «¿Por qué va a la iglesia?» se preguntó una vez a Oliver Wendall Holmes. «Porque Dios ha puesto en mi pecho una plantita llamada reverencia y necesita regarse cuando menos una vez por semana». La reverencia es la actitud fundamental que un hombre debe observar con respecto a los aspectos espirituales de la vida. Toda la Naturaleza está penetrada por lo Divino y debe inspirarnos reverencia. No necesitamos ser panteístas para creer en la inmanencia de Dios en el mundo y lo que es mejor sentirla. En el majestuoso templo de la Naturaleza es posible tener comunión con una eternal Presencia aun mejor que en las catedrales góticas o bizantinas.

La tierra está llena del cielo,
y cada arbusto común está ardiendo con Dios.
Pero tan sólo el que ve, se quita los zapatos;
los demás se sientan al rededor a recoger zarzamoras.

Así cantó la dulce poetisa Isabel Barrett Browning.

Pero sentimiento no es todo lo que hay en este mundo trascendental. En esto discrepo hondamente de muchos que han escrito y que escriben sobre este tema. La religión es más que sentimiento, es vida, es energía, la más alta energía. Es la más grande fuerza creadora que conocemos. Ella es el *amor*, pero no sólo el amor sentimental, sino el amor dinámico, el amor por una Personalidad soberana, cuya presencia llena el inmenso vacío del alma, y cuyos mandatos son obedecidos. Estoy convencido además que el escepticismo seductor de Ernesto Renán, cuyo más alto mérito religioso era que «habló de los dioses en bello lenguaje», nunca ha entusiasmado ni mucho menos transformado, una alma siquiera, en tanto que la devoción sencilla a la persona de Jesucristo, ha cambiado la faz de todo un mundo. No hay energía tan poderosa como la del «poder expulsivo de una nueva afección».

Tampoco al tratar de los valores religiosos podemos prescindir de un criterio pragmático. La cultura difunde dulzura y luz, mas la religión da fuego y fuerza; y el mundo necesita fuego y fuerza aun más que dulzura y luz. Pienso como Francisco García Calde-

rón y Lord Bryce que la necesidad suprema de estos países es la posesión de verdaderos sentimientos religiosos. Uno necesita fe religiosa para estar a la altura de su vocación de hombre.

Pero, ¿dónde hallar una fe para un hombre, una fe que satisfaga su intelecto, inspire su corazón y fortalezca su voluntad? Leyendo hace pocos días las glosas de Eugenio D'Ors, encontré en la sección intitulada «la glosa cristiana» las palabras que siguen: «¿Qué es el Cristo? Es el Hombre-Dios. Es decir la historia juntamente con la Eternidad. El Cristo histórico es al mismo tiempo el Cristo eterno. Ahora, superar la contradicción entre lo eterno y lo histórico, quiere decir en suma, una aplicación de la fórmula: «Instauradlo todo en Cristo». Notad la frase: «Instauradlo todo en Cristo». Ella nos hace recordar otra frase de un pensador más profundo que este catalán, Pablo, el judío de Tarso, la cual dice: «El Apóstol y Pontífice de nuestra profesión, Cristo-Jesús». He aquí también una síntesis de lo eterno y lo histórico. Como Apóstol el Cristo pone a Dios en contacto con los hombres y como Pontífice pone a los hombres en contacto con Dios. La fe en aquella figura excelsa es lo que mejor capacita a uno para el digno ejercicio de la *Profesión de Hombre*.

He dicho.